

MORREALE, MARGHERITA: *Escritos escogidos de lengua y literatura española*, edición de José Luis Rivarola y José Pérez Navarro, Madrid, Gredos, 2006, 806 págs.

Es un honor reseñar para la *Revista de Filología Española* estos *Escritos escogidos de lengua y literatura* de Margherita Morreale, y diré enseguida que los lazos profesionales y de amistad que me unen a la autora hacen que no sea ésta para mí una reseña más.

Y es de justicia empezar congratulándonos por la felicísima iniciativa de los editores, José Luis Rivarola y José Pérez Navarro, que se ha concretado en el magnífico volumen de la Editorial Gredos. El mejor homenaje que los editores podían ofrecer a Margherita Morreale, y el mejor regalo a los que hemos seguido su obra con entusiasmo y aprovechamiento, era una recopilación de sus escritos. La selección, llevada a cabo por la misma autora, pone al alcance de sus lectores, y de otros nuevos que suscitará el volumen, estudios publicados algunos en misceláneas poco difundidas, pero no por ello de calidad inferior a los numerosos artículos que vieron la luz en las revistas más prestigiosas. La obra así preparada es, en cierto modo, una «bibliografía», pues esa selección no podía menos que ser un reflejo de la larga y fecundísima labor de Margherita Morreale, y, por tanto, de sus preferencias como estudiosa. Cuánto de biográfico hay en el volumen resulta evidente, al menos, para quienes hemos tenido la fortuna de seguir de cerca, siquiera durante un tramo, esa carrera investigadora. El resultado final apreciable en el volumen deja intuir lo que hemos visto en el Seminario de Filología Románica de la Universidad de Padua, donde enseñé durante muchos años, una dedicación al trabajo que tiene poco parangón, un rigor y una perspicacia que nace de una sólida fundamentación empírica, y que en Italia se percibe más claramente que en otros países en los estudios humanísticos: el texto es el centro de la re-

flexión histórica, literaria y lingüística. En sus artículos se percibe también la duda sobre recetas y métodos «universales». Cada texto plantea sus propios problemas, en el sentido en que, como señaló Giorgio Pasquali, tiene su propia historia.

Quiero subrayar que Margherita Morreale, como han hecho siempre los auténticos maestros, intentó casar investigación y enseñanza. Sus mejores estudiantes aprendían con ella un método científico. De hecho, algunas de las publicaciones de este volumen son el resultado de los cursos monográficos impartidos en la Universidad de Padua. Son trabajos llenos de referencias internas, que con sus *vide supra* y *vide infra* logran componer una suerte de hipertexto antes de que el *computer*, como solía decir ella, se convirtiese en una herramienta imprescindible.

Pero si hay algo que resulta evidente por la lectura de este volumen es el genuino interés por el saber y el afán de la autora por indagar en los textos hasta los últimos detalles. Este interés no se ha debilitado con el paso de los años. Con este punto de partida, el objetivo no podía ser otro que comprender el texto y ayudar a los demás a entenderlo. Para alcanzar ese objetivo era necesario conocer la realidad cultural que se esconde detrás de las palabras. El problema, obviamente, es que tal realidad se alcanza sólo gracias a las palabras. Por ello el estudioso debe adoptar frente al texto una actitud humilde: «Non credo, d'altronde —dejó dicho M. Morreale— che la sminuzzatura del testo sulle sue minime componenti porti a risultati definitivi. L'ultima parola (se di un'interpretazione definitiva si può parlare, e non di successive reinterpretazioni) resta pur sempre all'intuizione e deve basarsi su di una visione d'insieme dell'opera». Estoy de acuerdo, pero este análisis minucioso del texto en todos sus perfiles es el único camino que nos lleva a describir el sentido, o sus sentidos últimos. Dentro de esta perspectiva, la aportación de Margherita Morreale ha sido portentosa.

Otro factor constante de sus trabajos es la continua comparación del texto consigo mismo: ciertos pasajes iluminan a otros. También se ha de poner de relieve la estructura lógica de sus escritos, su articulación interna. En este sentido, estos trabajos pueden proponerse como modelo a los jóvenes investigadores. Y añadiré algo sobre el uso de la lengua de sus artículos. Debe destacarse la voluntad de redactar en español la mayor parte de su obra y de publicarla en el mundo hispánico, así como el dominio de la lengua. Su español es directo, alejado del exceso de palabras vanas y grandilocuentes.

Si centramos ya la atención en el volumen publicado, me parece necesaria una observación. Los artículos de Margherita Morreale podrían dar lugar a varios volúmenes de no menos calidad que éste. Cabe resaltar la variedad de temas de su investigación, como se aprecia siquiera por la selección propuesta por la autora misma. De la lectura de los 33 títulos del índice se deduce que son varios los temas principales. Un motivo general aún a la mayoría de estos trabajos: la traducción, sea del latín al español o del italiano al español, pero no faltan los estudios sobre textos elaborados originalmente en castellano. Las traducciones de la Biblia y los textos del Renacimiento español ocupan buena parte de sus reflexiones, más allá de modas pasajeras, como notan los editores Rivarola y Pérez Navarro.

Es impagable la contribución de Margherita Morreale al avance en el conocimiento de los romanceamientos bíblicos medievales, sobre todo si se tiene en cuenta que hasta no hace mucho era corriente confundir traducción (romanceamiento) y códice. Uno de los resultados fundamentales es el «descubrimiento» del manuscrito I.I.6 de la Bi-

bliblioteca del Escorial, de gran transcendencia para la historia de la lengua española. La autora percibió claramente su gran interés en relación con las versiones de los mismos libros bíblicos contenidos en la *General estoria*, obra que cuenta la historia universal desde la creación del mundo, elaborada en la segunda mitad del s. XIII bajo el patrocinio de Alfonso X.

Señala la autora en «La *General estoria* de Alfonso X como Biblia» que «la importancia de la Biblia en la *General estoria* de Alfonso X es universalmente reconocida, aunque más de palabra que con los hechos». Este artículo demuestra lo mucho que la monumental historia debe a la Biblia y a los exégetas de la Biblia. El ejercicio de buscar sus fuentes, como señala en el artículo sobre «La fraseología bíblica en la *General estoria*: observaciones para su estudio», «no es sólo una tarea erudita, sino experiencia viva de la transmisión de la cultura de occidente».

En «Alcuni considerazioni sulla Bibbia in Volgare» Margherita Morreale hace una propuesta de un método de edición de los romanceamientos bíblicos medievales. Básicamente consiste en establecer el texto castellano por el cotejo con la Vulgata (y publicar los dos textos en columnas paralelas). Para establecer el texto latino de la Vulgata base de los romanceamientos acude a la monumental edición benedictina, que en su riquísimo aparato crítico acoge numerosas variantes de los códices que circularon en la Edad Media. De entre estos códices cabe destacar la llamada Biblia de París como texto más próximo al que tenían delante los traductores españoles.

El artículo «Al margen de la Historia de la Biblia latina y romance en España» abre una vía de investigación de gran interés, pues plantea la relación entre el MS Esc. I.I.2 (E2) y Esc. I.I.6 (E6). El MS E2 es copia tardía de un códice que es continuación de E6, pero el más recientemente citado tiene elementos extrabíblicos de los que carece E2 ¿E6 elimina lo extrabíblico o E2 lo añade? Por otra parte, E2 copia secciones bíblicas de la Quinta Parte de la *General estoria*. Quizá quepa plantear la posibilidad de que E6 fuera la base para su utilización en la Sexta Parte de la *General estoria*.

El interés que estas versiones bíblicas tienen para la historia del español lo demuestra la autora, p. ej., con la voz *iro*, según los editores de E6 no documentada más que allí, pero que Morreale encuentra en la *General estoria*, en el sentido de *arco* (para el arco iris). A pesar de ello, de una manera prudente, afirma: «de lo cual no nos atrevemos a inferir, aunque estemos tentados a ello, que el uso de *iro* como vocablo castellano se lo debía Alfonso X... a su conocimiento de una Biblia que por entonces correría como Vulgata romance».

Lo que la lengua española debe a la Biblia se pone de manifiesto en «Biblia romanceada y diccionario histórico»: un ejemplo, *cristiano*, *vezino*, *cercano* y *próximo* competían en el castellano antiguo. En el asentamiento de *prójimo* en español se percibe esta influencia, así como en el lenguaje figurado y en la fraseología: *torre de Babel*. También aprendemos en este artículo que «Cuando decimos *beber* el *cáliz* conservamos un significado que San Jerónimo le dio a la palabra latina *calix* para preservar todas las acepciones de una sola voz hebrea *kos*, que quería decir ‘copa’ y al mismo tiempo ‘destino, suerte’».

En su examen de la traducción a lo largo de la Edad Media, y siguiendo con cuestiones léxicas (y gramaticales) hemos de destacar el estudio sobre la palabra *cosa*. *Cosa* resiste el embate del neutro («esta cosa» frente a «esto», «ninguna cosa» en lugar de *nada*), y nota un aumento en los romanceamientos serviles del s. XV, y hasta cierto

punto de la *General estoria* de Alfonso X, del s. XIII, respecto del romanceamiento más antiguo.

Son estos estudios de grandísimo detalle, y de interés para la historia de la traducción y de la historia de la lengua española, pero en ellos no se abandona nunca el objetivo que señalaba al principio como justificación de gran parte de su obra: «comprender el texto y ayudar a los demás a entenderlo». En el Cántico de David, en un romanceamiento del s. XIII, leemos: v. 31 «Dios limpia la carrera d'él», donde no se ha de entender «Dios limpia su carrera» con uso del verbo *limpiar*, sino que, a la luz de la Vulgata «Deus immaculata via eius», se comprende que vendrá a ser 'la carrera de Dios es limpia' (con frase nominal sin cópula, rasgo éste de la sintaxis del texto hebreo que refleja la Vulgata, y también el romanceamiento castellano).

En «La Biblia de Ferrara y los romanceamientos bíblicos medievales» señala Morreale que «el servilismo de la Biblia de Ferrara tiene un cariz especial en relación con la teoría de la traducción, que [...] es la de seguir verbo a verbo; su dificultad consiste en no declarar un vocablo por dos [...] ni anteponer ni posponer uno a otro; a lo que puede agregarse el uso de paréntesis para indicar que lo que de dentro d'ellos es fuera "de la letra hebraica"». Encontramos una serie de claves (principios metodológicos tal vez diríamos) de la manera de acercarse Margherita Morreale a los textos antiguos. Así, en la conclusión de este estudio señala: «He intentado no mezclar la comprensión actual con la de antaño y tampoco atribuir mi propia incomprensión a los intérpretes de entonces que estaban en contacto con el texto hebreo como los lectores». Este planteamiento está de acuerdo con algo que oí repetir muchas veces a la profesora, la necesidad de hacer una «lectura sincrónica, desde dentro del texto». Toda una propuesta metodológica, pero también una enseñanza sobre la actitud del investigador, honesta.

El mismo principio se aplica a una época posterior, el s. XVI, en la obra de «Juan de Valdés traductor de la Biblia»: viene a decir (original en francés), que sería injusto dar demasiada importancia a los reproches que se le pueden dirigir a su traducción, pues no tienen en cuenta ni la comprensión que él tenía del mensaje bíblico ni sus intuiciones religiosas de la psicología humana.

Esta actitud del traductor (y casi del hablante) hay que tenerla en cuenta para valorar la lengua usada por Valdés (traductor de las escrituras en Nápoles): «voy siempre acomodando las palabras castellanas con las italianas, y las maneras de decir de la lengua con las de la otra, de manera que sin apartarme del castellano sea mejor entendido del italiano».

Tampoco escaparon a la atención de nuestra investigadora textos breves aparentemente sencillos, pero de larga trayectoria histórica y, por tanto, de gran complejidad. Me refiero al artículo «La lengua castellana va al encuentro del Ave María». El Avemaría se cita entre las «oraciones que deve saber todo cristiano» ya en el *Setenario* de Alfonso X. Los orígenes del texto son bíblicos: Lucas 1:28 y 42; y en su versión romanceada se incluye ya en Esc. II.6 (ca. 1250) en una forma que testimonia una extraordinaria continuidad. Se fija Morreale en cómo «el texto presenta ciertos problemas de ritmo y puntuación [...] una interpunción más rebajada obedece al rezo». Y llama la atención sobre calcos como «llena eres de gracia». «En la parte doxológica», dice, este breve texto «es un producto de traducción». Puede notarse especialmente el uso de la forma «salvar» como saludo: en el *Auto de los Reyes Magos*, de principios del s. XIII, los reyes magos de dirigen a Herodes con un «sálvete el Criador».

También encara el estudio del Padrenuestro, y a este propósito nos da un apunte de gran interés sobre el método seguido: «no tengo facultades para abordar el estudio del padrenuestro en el aspecto teológico; tampoco en el de la moderna lingüística, sino que ejerzo mi costumbre de observar las diferencias entre las lenguas, y de dar a mis observaciones una articulación sistemática». La importancia de este texto es excepcional, entre otras razones porque era utilizado para enseñar a leer y escribir. En los siglos XVI y XVII se imprimieron por miles cartillas escolares. Sobre la manera de enseñanza de las letras hace Morreale una preciosa observación: el padrenuestro se sabía de memoria antes de aprender a leer. «En cuanto a la enseñanza verbal, en la gran mayoría de nuestro textos hemos de reconocer, en primer lugar, que la doctrina cristiana y la enseñanza del deletreo y silabeo de las letras, eran complementarias: es más, puede suponerse que, aun antes de aprender a leer, los niños ya habrían aprendido de memoria las oraciones del cristiano».

Sobre la lectura y su lugar en la enseñanza quiero detenerme en este punto en la postura que tantas veces le he oído exponer a Margherita Morreale: «la lectura en voz alta es la cenicienta» del sistema de enseñanza (universitaria). Todo un programa también para la redacción. Los textos (que uno escribe) hay que poder leerlos en voz alta. Me temo que este problema es más acuciante en España que en otros países.

Y una reflexión final sobre el método filológico aplicado al Padrenuestro: «A algunos les habrá parecido impropio la morfosintaxis aplicada a un texto tan denso de contenido espiritual, ético y doctrinal, pero esperamos que no habrá sido inútil fijarnos en los particulares de la expresión vernácula, como se verá más claramente en el examen del léxico». No, no es inútil, porque el examen de la lengua pone de relieve que este texto breve contiene una serie de anomalías en su lengua que a fuerza de repetidas parecen normales.

No podemos pasar por alto las investigaciones de Morreale sobre el *Libro de buen amor*, obra complejísima a la que ha dedicado no pocos esfuerzos. Su lenguaje riquísimo y creativo no podía escapar al escrutinio de la investigadora, que ha contribuido como pocos estudiosos a desentrañar su sentido, pero sin empezar por las valoraciones al uso sobre la intención del autor (religiosa, humorística...) sino por el verdadero centro de la tarea filológica, proporcionar a los lectores una interpretación «literal» de la obra de Juan Ruiz (págs. 419 ss.). La estudiosa destaca «l'ambiguità e mutevolezza dell'autore, il molteplice collegamento con le lettere europee, mediolatine e volgari, nonchè [per] la simbiosi fra cristiani e musulmani nella Castiglia dell'epoca». Si quisiéramos destacar un aspecto, éste podría ser el valor que añade la ejecución oral: «l'esecuzione orale, di cui possiamo vagamente intuire le intonazioni e la mimica, l'accompagnamento musicale... aumentano l'efficacia e la varietà dell'opera». De la perspicacia del escrutinio al que se somete el texto ruiciano es buena muestra el artículo dedicado a la comparación. Destaca Morreale la tensión que introduce el poeta al poner el término B antes que el A: «la colocación de B en primer término concentra la atención del lector en la imagen, en un arco tensivo que descansa al fin en el comparado». Formas literarias, dice, que tardarán un par de siglos en cristalizar:

Como en chica rosa está mucha color
 en oro muy poco grand precio e grand valor,
 como en poco bálsamo yaza gran uen olor,
 assí en dueña chica yaze muy gran sabor.

No menos interesantes son los estudios sobre las fábulas contenidas en la obra de Juan Ruiz («La fábula en la Edad Media: *el Libro de buen amor*»). «Su texto —nos dice— para ser comprendido plenamente requiere el cotejo de sus fuentes latinas».

El Renacimiento español, y sus fuentes italianas, no podía quedar fuera de la indagación de Morreale. Un estudio clásico es su «Dante in Spain», en el que examina de manera exhaustiva la huella del autor de la *Divina Comedia* en los autores españoles. En el mismo ámbito se cuenta su trabajo sobre «El *Dezir a las siete virtudes* de Francisco Imperial», con el significativo subtítulo de «Lectura e imitación prerrenacentista de la Divina Comedia».

El léxico, como se ha visto por los trabajos dedicados a las versiones romances de la Biblia, ha sido objeto de atención preferente por parte de Morreale, pero también la lexicografía, en particular la debida a Sebastián de Covarrubias, obra que, más que un diccionario en el sentido moderno, es un compendio de la más variada erudición (véanse «Virgilio en el *Tesoro* de Covarrubias» y «Los *Emblemata* de Alciato en el *Tesoro de la lengua castellana* de Sebastián de Covarrubias»).

Tras esta breve presentación de algunos de los trabajos en torno a la traducción, quiero detenerme en alguno de contenido no exclusivamente filológico. Me refiero a «Conversaciones con Antonio». He tenido el gusto de conocer a Antonio Z. F., como se le llama discretamente en el artículo. Se trata de un hombre singular. Este andaluz, conocedor de saberes que no se aprenden en los libros, une a nuestra estudiosa con una veta popular que la enriquece en lo personal y en lo científico. La expresividad de esta persona iletrada, pero inteligente y perspicaz, reclama la atención de la profesora. Con él habla del Padrenuestro y del Avemaría. Antonio aparece también en el último de los trabajos, titulado «Tutti i giorni s'impara qualcosa», para ofrecernos «un esempio di etimologia popolare e due brevi racconti». Desde luego, el título no puede ser más apropiado para concluir esta aproximación a la inabarcable obra de Margherita Morreale. Quienes hemos seguido sus trabajos, podemos asegurar que de ellos todos los días se aprende no poco.

PEDRO SÁNCHEZ-PRIETO BORJA
Universidad de Alcalá